

OPTIMISMO

Hoy me siento optimista, eufórico, contento; podría decir que estoy encantado de vivir en nuestros días, en un fin de siglo en el que parece gestarse, para el próximo milenio, una sociedad nueva, más equitativa, más comprensiva y más culta. Mi optimismo llega hasta el extremo, en algunos momentos, de pensar que si no entiendo algunos comportamientos e ideas de nuestras élites, políticas o sociales, es por deformación intelectual originada en otros tiempos, por las inevitables carencias de todo autodidacta o, con más probabilidad, por no dar para más mis cortas luces. Porque la nueva situación está ahí, presente, exultante, ofreciéndonos sus sugestivas promesas. Claro que, en ocasiones, el luminoso panorama dibujado se nubla, como ocurre cuando a la pantalla de ese anestésico invento de la TV asoma la peluda cabeza del Sr. Barea, el coco con aspecto de Einstein inventado por Aznar, y nos amenaza con la quiebra del sistema de Seguridad Social, si no se moderan nuestras modestas aspiraciones de mejora, al tiempo que asusta, con sus rugidos de león rampante de dibujos animados, incluso a la "progresía", que se apresura, por si acaso, a buscar acomodo, y generalmente lo encuentra, en lugares de privilegio, esto es, cerca de las finanzas o del poder.

Este jubiloso optimismo mío, sin duda excesivo, y quizá alentado por la espléndida primavera última, lo provoca, pese a las sombras apuntadas, las noticias difundidas a los cuatro vientos de la buena marcha de la economía. Los españolitos "currantes" debemos estar satisfechos por haber contribuido a logro tan singular, en estos predios, con nuestro cinturón apretado hasta el último agujero, con nuestra disculpa a la fisgona mirada de Hacienda, ávida de encontrar rendimientos ocultos en nuestras cuentas o actividades, y hasta, incluso, con nuestra sumisa paciencia y aceptación de las subidas de precios de la gasolina -maná o gallina de oro de del Ministerio de Economía-, que nos acortan los desplazamientos domingueros en el viejo utilitario. Todo lo perdonamos y todo se nos olvida cuando, como premio, contemplamos la sonrisa beatífica, casi angelical, (dan ganas de rezarle) del Sr. Rato, que nos explica con su voz meliflua cómo, D.m., aprobaremos la asignatura de Maastricht y cómo, por fin, seremos europeos (algo que, según parece, no éramos, pese a creerlo así) y nos hallaremos en primera fila para recibir el "euro", en feliz comunión con otros países aplicaditos y cumplidores de la disciplina económica. Y aquí no podemos evitar que ese duendecillo, enredador y travieso como Puck, perturbador, en los momentos más inoportunos, de la felicidad de todo ser ingenuo y bien pensado, nos inquiete sembrando la duda de si el deseado "euro", en el supuesto de llegar a circular, no nos obligará a nuevo apretón de cinturón o a convertirnos en los criados comunitarios.

Más lo que ya me causa, no optimismo, sino satisfacción incontrolada, casi orgásmica, con perdón, es ver y comprobar cómo nuestras diversas Administraciones, esos monstruos que llegan con sus enormes y múltiples tentáculos, desde la gran urbe hasta la más escondida e ignorada aldeilla, y que nos sacan los cuartos con voracidad insaciable, con verdadera gula dineraria (sea cual fuere el motor político que las impulse) para, suponíamos, invertirlos íntegros en infraestructuras (¡menuda palabreja!), sanidad y otros servicios esenciales que se encuentran anémicos, depauperados y al borde del colapso, los emplean, generosas, espléndidas, libérrimas, en no pequeña proporción, para subvencionar a todos los pedigüños, de gran tradición y arraigo en estas tierras de picaros y buscones, (léanse a nuestros clásicos) que las solicitan con destino a los más inauditos e impensables fines y promociones. Así, con superficial selección y no pocos injustos olvidos, derraman su benéfica lluvia de efectivo sobre empresas, sociedades, asociaciones, -algunas sin socios o creadas ad hoc-, comunidades, reuniones, comidas de

trabajo, de estudios más o menos esotéricos, fiestas, verbenas y cuchipandas democráticas y lúdicas, con las que se pretende, en el fondo, captar adhesiones, quizá inquebrantables, como las de otros tiempos. Mención especial merecen esos conciertos o recitales de estrellas, adeptas o adictas al poder de turno, que jamás soñaron con cobrar tamañas cifras como las que reciben, sin incluir el "catering" (en cristiano, una buena y bien surtida colección de bebidas y pisco-labis), por mor de esa imponente, mal comprendida y peor tratada cultura, y para beneficio y solaz de los "cultureros", como denominó nuestro inteligente Antonio Gala a todos los mediadores, asesores, consejeros y explotadores, que colocan su averiada mercancía bajo un falso y relumbrante orillo cultural. Y esto sin entrar en equipos de asesoramiento, de prospección y de consultoría, que pululan alrededor de los altos, medianos y bajos gerifaltes, haciéndoles planes, programas, proyectos, esquemas, estudios, reestudios, organigramas, gráficos, tal vez, para encontrar, a los problemas reales, imaginados o creados, soluciones insólitas, milagrosas, como las inventadas por aquellos inolvidables arbitristas del pasado, satirizados por las mejores plumas de nuestro Siglo de Oro. Recuerdo, a este respecto, cierto plan para suprimir el dinero, como origen que es -así se decía en la exposición- de todos los males de este mundo; mas para evitar el penoso e incómodo trueque de cosa por cosa, con genialidad impar, se proponía realizar los intercambios utilizando unos valecitos, garantizados por el Estado, para tranquilidad de todos, claro está, y que servirían, lógicamente, como medida de valor (!!).

En el fondo, estas actuaciones, desde la alta política, tal vez las motiven, en algunos casos, no sé, las mismas causas por las que ofrecían al pueblo romano "pan y circo" o movían a los gobernantes, en trances comprometidos para los que no encontraban salida airosa, a consultar con augures y dioses. Pero como me siento optimista, muy optimista, creo que debemos estar agradecidos, y contentos, y felices. Después de todo, ya se sabe, no sólo de pan vive el hombre sencillo y humilde; también de ilusiones y esperanzas.

MIGUEL MOLINA RABASCO